

que las han precedido, y de esta suerte las inutilizan. Por cuya causa quizás nunca como ahora, ha sido mas legitima una profunda desconfianza en la fuerza de las ideas, ó sea en la filosofía, para producir nada de consistente en el orden moral; y bajo este aspecto es muy controvertible el bien que ha hecho la imprenta á las sociedades modernas. Se concibe mas, pero se madura menos: lo que gana el entendimiento en extension, lo pierde en profundidad, y la brillantez teórica contrasta lastimosamente con la impotencia práctica. ¿Qué importa que nuestros antecesores no fuesen tan diestros como nosotros para improvisar una discusión sobre las mas altas cuestiones sociales y políticas, si alcanzaron á fundar y organizar instituciones admirables? Los arquitectos que levantaron los sorprendentes monumentos de los siglos que apellidamos bárbaros, por cierto que no serian ni tan eruditos ni tan cultos como los de nuestra época: y sin embargo ¿quién tendria aliento para comenzar siquiera lo que ellos consumaron? Hé aquí la imágen mas cabal de lo que está sucediendo en el orden social y político. Es necesario no olvidarlo: los grandes pensamientos nacen mas bien de la intuición que del discurso; el acierto en la práctica depende más de la calidad inestimable, llamada tino, que de una reflexión ilustrada; y la experiencia enseña á menudo, que quien *conoce mucho ve poco*. El genio de Platon no hubiera sido el mejor consejero del genio de Solon y de Licurgo; y toda la ciencia de Ciceron no hubiera alcanzado á lo que alcanzaron el tacto y el buen sentido de dos hombres rudos como Rómulo y Numa (19).

CAPITULO XXXI.

Cierta suavidad general de costumbres que en tiempo de guerra evita grandes catástrofes y en medio de la paz hace la vida mas dulce y apacible, es otra de las calidades preciosas que llevo señaladas como características de la civilización europea. Este es un hecho que no necesita de prueba; se le ve, se le siente por todas partes al dar en torno de nosotros una mirada: resalta vi-

vamente abriendo las páginas de la historia, y comparando nuestros tiempos con otros tiempos, sean los que fueren. ¿En qué consiste esta suavidad de costumbres? ¿cuál es su origen? ¿quién la ha favorecido? ¿quién la ha contraído? Hé aquí unas cuestiones á cuál mas interesantes, y que se enlazan de un modo particular con el objeto que nos ocupa: porque en pos de ellas se ofrecen desde luego al ánimo estas preguntas: ¿el Catolicismo ha influido en algo en crear esta suavidad de costumbres? ¿le ha puesto algun obstáculo ó le ha causado algun retardo? ¿al Protestantismo le ha cabido alguna parte en esta obra, en bien ó mal?

Conviene ante todo fijar en qué consiste la suavidad de costumbres; porque aun cuando esta sea una de aquellas ideas que todo el mundo conoce, ó mas bien siente; no obstante, cuando se trata de esclarecerla y analizarla, es necesario dar de ella una definición cabal y exacta, en cuanto sea posible. La suavidad de costumbres consiste en la *ausencia de la fuerza*, de modo que serán *mas ó menos* suaves en cuanto se emplee *menos ó mas* la fuerza. Así costumbres suaves no es lo mismo que costumbres benéficas: éstas incluyen el bien, aquellas excluyen la fuerza; costumbres suaves tampoco es lo mismo que costumbres morales, que costumbres conformes á la razón y á la justicia: no pocas veces la inmoralidad es tambien suave, porque anda hermanada, nó con la fuerza, sino con la seducción y la astucia. Así es que la suavidad de costumbres consiste en dirigir al espíritu del hombre, nó por medio de la violencia hecha al cuerpo, sino por medio de razones enderezadas á su entendimiento, ó de cebos ofrecidos á sus pasiones; y por esto la suavidad de costumbres no es siempre el reinado de la razón, pero es siempre el reinado de los espíritus; por mas que éstos sean no pocas veces esclavos de las pasiones con las cadenas de oro que ellos mismos se labran.

Supuesto que la suavidad de costumbres proviene de que en el trato de los hombres solo se emplean la *convicción*, la *persuación* ó la *seducción*, claro es que las sociedades mas adelantadas, es decir, aquellas donde la inteligencia ha llegado á gran desarrollo, deben participar mas ó menos de esta suavidad. En ellas la inteligencia domina porque es fuerte, así como la fuerza material desaparece porque el cuerpo se enerva. Además: en sociedades muy adelantadas que por precisión acarrear mayor número de

relaciones y mayor complicación en los intereses, son necesarios aquellos medios que obran de un modo universal y duradero, siendo además aplicables á todos los pormenores de la vida. Estos medios son sin disputa los intelectuales y morales: la inteligencia obra sin destruir, la fuerza se estrella contra el obstáculo: ó le remueve ó se hace pedazos ella misma; y hé aquí un eterno manantial de perturbación que no puede existir en una sociedad de relaciones numerosas y complicadas, so pena de convertirse ésta en un caos, y perecer.

En la infancia de las sociedades encontramos siempre un lastimoso abuso de la fuerza. Nada más natural: las pasiones se alian con ella porque se le asemejan; son enérgicas como la violencia, rudas como el choque. Cuando las sociedades han llegado á mucho desarrollo, las pasiones se divorcian de la fuerza y se enlazan con la inteligencia; dejan de ser violentas y se hacen astutas. En el primer caso, si son los pueblos los que luchan, se hacen la guerra, se combaten y se destruyen; en el segundo, pelean con las armas de la industria, del comercio, del contrabando: si son los gobiernos, se atacan, en el primer caso con ejércitos, con invasiones; en el segundo, con notas; en una época los guerreros lo son todo, en la otra no son nada: su papel no puede ser de mucha importancia cuando en vez de pelear se negocia.

Echando una ojeada sobre la civilización antigua, se nota desde luego una diferencia singular entre nuestra suavidad de costumbres y la suya: ni griegos, ni romanos alcanzaron jamás esta preciosa calidad en el grado que distingue la civilización europea. Aquellos pueblos más bien se enervaron, que no se suavizaron; sus costumbres pueden llamarse muelles, pero no suaves: porque hacían uso de la fuerza siempre que este uso no demandaba energía en el ánimo ni vigor en el cuerpo.

Es sobre manera digna de notarse esa particularidad de la civilización antigua, sobre todo de la romana; y este fenómeno que á primera vista parece muy extraño, no deja de tener causas profundas. A más de la principal que es la falta de un elemento suavizador cual es el que han tenido los pueblos modernos, *la caridad cristiana*, descendiendo á algunos pormenores, encontraremos las razones de que no pudiese llegar á establecerse entre los antiguos la verdadera suavidad de costumbres.

La esclavitud que era uno de los elementos constitutivos de

su organización doméstica y social, era un eterno obstáculo para introducirse en aquellos pueblos esa preciosa calidad. El hombre que puede arrojar á otro hombre á las murenas, castigando así con la muerte el haber quebrado un vaso; el que puede por un mero capricho quitar la vida á uno de sus semejantes en medio de la algazara de un festín; quien puede acostarse en un blando lecho con los halagos de la voluptuosidad y el esplendor de la más suntuosa magnificencia, sabiendo que centenares de hombres están encerrados y amontonados en oscuros subterráneos por su interés y por sus placeres; quien puede escuchar el gemido de tantos desgraciados que demandan un bocado de pan para atravesar una noche cruel que enlazará las fatigas y los sudores del día siguiente con los sudores y fatigas del día que pasó, ese tal podrá tener costumbres muelles, pero no suaves; su corazón podrá ser cobarde, pero no dejará de ser cruel. Y tal era cabalmente la situación del hombre libre en la sociedad antigua: esta organización era considerada como indispensable: otro orden de cosas no se concebía siquiera como posible.

¿Quién removió ese obstáculo? ¿No fué la Iglesia católica aboliendo la esclavitud, después de haber suavizado el trato cruel que se daba á los esclavos? Véanse los capítulos XV, XVI, XVII, XVIII y XIX de esta obra, con las notas que á ellos se refieren, donde se halla demostrada esta verdad con razones y documentos incontestables.

El derecho de vida y muerte concedido por las leyes á la potestad patria, introducía también en la familia un elemento de dureza, que debía producir resultados muy dañosos. Afortunadamente el corazón de padre estaba en lucha continua con la facultad otorgada por la ley; pero si esto no pudo impedir algunos hechos cuya lectura nos estremece, ¿no hemos de pensar también que en el curso ordinario de la vida, pasarían de continuo escenas crueles que recordarian á los miembros de la familia ese derecho atroz de que estaba investido su jefe? Quien sabe que puede matar impunemente, ¿no se dejará llevar repetidas veces al ejercicio de un despotismo cruel, y á la aplicación de castigos inhumanos? Esa tiránica extensión de la potestad patria á derechos que no concedió la naturaleza, fué desapareciendo sucesivamente por la fuerza de las costumbres y de las leyes, secundadas también en buena parte por la influencia del cristianismo

(V. cap. XIV). A esta causa puede agregarse otra que tiene con ella mucha analogía, el despotismo que el varon ejercia sobre la muger, y la escasa consideracion que ésta disfrutaba.

Los juegos públicos, eran tambien entre los romanos otro elemento de dureza y crueldad. ¿Qué puede esperarse de un pueblo cuya principal diversion, es asistir friamente á un espectáculo de homicidios, que se complace en mirar como perecen en la arena á centenares los hombres, ó luchando entre sí, ó en las garras de las bestias?

Siendo español, no puedo menos de intercalar un párrafo para decir dos palabras en contestacion á una dificultad, que no dejará de ocurrírsele al lector, cuando vea lo que acabo de escribir sobre los combates de hombres con fieras. ¿Y los toros de España? se me preguntará naturalmente, ¿no es un pais cristiano católico donde se ha conservado la costumbre de lidiar los hombres con las fieras? Apremiadora parece la objecion, pero no lo es tanto que no deje una salida satisfactoria. Y ante todo, y para prevenir toda mala inteligencia, declaro que esa diversion popular es en mi juicio bárbara, digna si posible fuese, de ser estirpada completamente. Pero toda vez que acabo de consignar esta declaracion tan explícita y terminante, permítaseme hacer algunas observaciones para dejar en buen puesto el nombre de mi patria. En primer lugar, debe notarse que hay en el corazon del hombre cierto gusto secreto por los azares y peligros. Si una aventura ha de ser interesante, el héroe ha de verse rodeado de riesgos graves y multiplicados; si una historia ha de escitar vivamente nuestra curiosidad, no puede ser una cadena no interrumpida de sucesos regulares y felices. Pedimos encontrarnos á menudo con hechos extraordinarios y sorprendentes; y por mas que nos cueste decirlo, nuestro corazon al mismo tiempo que abraza la compasion mas tierna por el infortunio, parece que se fastidia si tarda largo tiempo en hallar escenas de dolor, cuadros salpicados de sangre. De aquí el gusto por la tragedia, de aquí la aficion á aquellos espectáculos, donde los actores corran, ó en la apariencia ó en la realidad, algun grave peligro.

No explicaré yo el origen de este fenómeno, bástame consignarlo aquí para hacer notar á los estrangeros que nos acusan de bárbaros, que la aficion del pueblo español á la diversion de los toros, no es mas que la aplicacion á un caso particular de un gus-

to cuyo gérmen se encuentra en el corazon del hombre. Los que tanta humanidad afectan cuando se trata de la costumbre del pueblo español, deberian decirnos tambien, ¿de dónde nace que se vea acudir un concurso inmenso á todo espectáculo que por una ú otra causa sea peligroso á los actores? ¿de dónde nace que todos asistirian con gusto á una batalla por mas sangrienta que fuese, si era dable asistir sin peligro? ¿de dónde nace que en todas partes acude un numeroso gentío á presenciar la agonía y las últimas convulsiones del criminal en el patíbulo? ¿de dónde nace finalmente que los estrangeros cuando se hallan en Madrid se hacen cómplices tambien de la barbarie española, asistiendo á la plaza de toros?

Digo todo esto, no para escusar en lo mas mínimo una costumbre que me parece indigna de un pueblo civilizado, sino para hacer sentir que en ésto, como casi en todo lo que tiene relacion con el pueblo español, hay exageraciones que es necesario reducir á límites razonables. A mas de esto, hay que añadir una reflexion importante, que es una excusa muy poderosa de esa reprehensible diversion.

No se debe fijar la atencion en la diversion misma, sino en los males que acarrea. Ahora bien, ¿cuántos son los hombres que mueren en España lidiando con los toros? Un número escasísimo, insignificante, en proporcion á las innumerables veces que se repiten las funciones; de manera, que si se formara un estado comparativo entre las desgracias ocurridas en esta diversion y las que acaecen en otras clases de juegos, como las corridas de caballos y otras semejantes, quizás el resultado manifestaria que la costumbre de los toros, bárbara como es en sí misma, no lo es tanto sin embargo, que merezca atraer esa abundancia de afectados anatemas con que han tenido á bien favorecernos los estrangeros.

Y volviendo al objeto principal, ¿cómo puede compararse una diversion donde pasan quizás muchos años sin perecer un solo hombre, con aquellos juegos horribles donde la muerte era una condicion necesaria al placer de los espectadores? Despues del triunfo de Trajano sobre los dacios, duraron los juegos ciento veinte y tres dias, pereciendo en ellos el espantoso número de diez mil gladiadores. Tales eran los juegos que formaban la diversion, no solo del populacho romano, sino tambien de las cla-

ses elevadas: en esa repugnante carnicería, se gozaba aquel pueblo corrompido que hermanaba con la voluptuosidad mas refinada la crueldad mas atroz. Y hé aquí la prueba convincente de lo dicho mas arriba, á saber: que las costumbres pueden ser muelles sin ser suaves; antes se aviene muy bien la brutalidad de una molicie desenfrenada con el instinto feroz del derramamiento de sangre.

En los pueblos modernos, por corrompidas que sean las costumbres, no es posible que se toleren jamas espectáculos semejantes. El principio de la caridad, ha estendido demasiado sus dominios para que puedan repetirse tamaños escesos. Verdad es que no recaba de los hombres que se hagan recíprocamente todo el bien que deberian, pero al menos impide que se hagan tan friamente el mal, que puedan asistir tranquilos á la muerte de sus semejantes, cuando no les impele á ello otro motivo, que el placer causado por una sensacion pasajera. Ya desde la aparicion del cristianismo, comenzaron á echarse las semillas de esta aversion á presenciar el homicidio. Sabida es la repugnancia de los cristianos á los espectáculos de los gentiles, repugnancia que prescribían y avivaban las santas amonestaciones de los primeros pastores de la Iglesia. Era cosa reconocida que la caridad cristiana, era incompatible con la asistencia á unos juegos, donde se presenciaba el homicidio bajo las formas mas crueles y refinadas. "Nosotros, decia bellamente uno de los apologistas de los primeros siglos, hacemos poca diferencia entre matar á un hombre ó ver que se le mata (6)."

CAPITULO XXXII.

LA sociedad moderna debia, al parecer, distinguirse por la dureza y crueldad de sus costumbres, pues que siendo un resultado de la sociedad de los romanos, y de la de los bárbaros, debió heredar de ambas esa dureza y crueldad. En efecto, ¿quién ignora la ferocidad de costumbres de los bárbaros del Norte? Los historiadores de aquella época nos han dejado narraciones hor-

rorosas, cuya lectura nos hace estremecer. Llegóse á pensar que estaba cercano el fin del mundo, y á la verdad que los que hacian semejante presagio, eran bien escusables de creer que estaba muy próxima la mayor de las catástrofes, cuando eran tantas las que abrumaban á la triste humanidad. La imaginacion no alcanza á figurarse lo que hubiera sido del mundo en aquella crisis, si el Cristianismo no hubiese existido; y aun suponiendo que se hubiese llegado á organizar de nuevo la sociedad bajo una ú otra forma, no hay duda en que las relaciones así privadas como públicas, habrian quedado en un estado deplorable, tomando ademas la legislacion un sesgo injusto é inhumano. Por esta razon fué un beneficio inestimable la influencia de la Iglesia en la legislacion civil; y la misma prepotencia temporal del clero, fué una de las primeras salvaguardias de los mas altos intereses de la sociedad.

Mucho se ha dicho contra este poder temporal del clero, y contra este influjo de la Iglesia en los negocios temporales; pero ante todo, era menester hacerse cargo de que ese poder y ese influjo fueron traídos por la misma naturaleza de las cosas; es decir, que fueron *naturales*, y por consiguiente, el hablar contra ellos, es un estéril deshago contra la fuerza de acontecimientos cuya realizacion no era dado al hombre impedir. Eran ademas *legítimos*, porque cuando la sociedad se hunde, es muy legítimo que la salve quien pueda; y en la época á que nos referimos, solo podia salvarla la Iglesia. Esta, como que no es un ser abstracto, sino una sociedad real y sensible, debia obrar sobre la civil por medios tambien reales y sensibles. Supuesto que se trataba de los intereses materiales de la sociedad, los ministros de la Iglesia debian tomar parte de una ú otra suerte en la direccion de estos negocios. Estas reflexiones son tan obvias y sencillas, que para convencerse de su verdad y exactitud, basta el simple buen sentido. En la actualidad, están generalmente acordes sobre este punto cuantos entienden algo en historia; y si no supiésemos, cuánto trabajo suele costar al entendimiento del hombre el entrar en el verdadero camino, y sobre todo, cuánta mala fé se ha mezclado en esa clase de cuestiones, difícil fuera explicar cómo se ha tardado tanto en ponerse todo el mundo de acuerdo sobre una cosa que salta á los ojos, con la simple lectura de la historia. Pero volvamos al intento.